

Commemoración de **TODOS LOS FIELES DIFUNTOS**



La liturgia de la Commemoración de los Fieles Difuntos nos invita a descubrir que el proyecto que Dios tiene para el hombre es un proyecto de vida. En el horizonte final del hombre no está la muerte o el fracaso, o la nada, sino que está la comunión con Dios, la realización plena del hombre, la felicidad definitiva, la vida eterna.

En el Evangelio, Jesús deja claro que el objetivo final de su misión es el dar a los hombres el "pan" que lleva a la vida eterna. Para acceder a esa vida, los discípulos están invitados a "comer la carne" y a "beber la sangre" de Jesús, esto es, a adherirse a su persona, a asimilar su proyecto, a interiorizar su propuesta. La Eucaristía cristiana (el "comer la carne" y "beber la sangre" de Jesús) es, a lo largo de nuestro caminar por la tierra, un momento privilegiado de encuentro y de compromiso con esa vida nueva y definitiva que Jesús vino a ofrecernos.

En la segunda lectura, Pablo asegura a los cristianos de Tesalónica que Cristo vendrá de nuevo, un día, para completar la historia humana y para inaugurar la realidad de un mundo definitivo; todo aquel que se haya adherido a Jesús y se haya identificado con él, irá al encuentro del Señor y permanecerá con él para siempre.

En la primera lectura, Isaías anuncia y describe el "banquete" que Dios, un día, va a ofrecer a todos los Pueblos. Con imágenes muy sugestivas, el profeta apunta que el fin último del caminar del hombre es el "sentarse a la mesa" de Dios, compartir la vida de Dios, formar parte de la familia de Dios. De esa comunión con Dios germinará, para el hombre, la felicidad total, la vida definitiva.

(Nota: El Leccionario no fija unas lecturas concretas para este día: invita a elegir de entre las que hay en el Ritual de Exequias. Aquí hemos seleccionado tres que nos parecen apropiadas para una conmemoración colectiva de los difuntos: Isaías 25,6a.7-9; 1 Tesalonicenses 4,13-18 y Juan 6,51-58)

PRIMERA LECTURA

Aquel día, el Señor aniquilará la muerte para siempre

Lectura de libro de Isaías

25, 6a.7 - 9

Aquel día,
el Señor de los ejércitos
preparará para todos los pueblos,
en este monte,
un festín de manjares suculentos.
Y arrancará en este monte
el velo que cubre a todos los pueblos,
el paño que tapa a todas las naciones.
Aniquilará la muerte para siempre.
El Señor Dios
enjugará las lágrimas de todos los rostros,
y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país.
—Lo ha dicho el Señor—.

Aquel día se dirá:
«Aquí está nuestro Dios,
de quien esperábamos que nos salvara;
celebremos y gocemos con su salvación.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Es extremadamente difícil situar, en el tiempo y en el momento histórico, el texto que la primera lectura de este domingo nos presenta.

Para unos, el oráculo pertenece a la fase final de la vida del profeta Isaías (al final del siglo VIII antes de Cristo) cuando, desilusionado con la política y con los reyes de Judá, el profeta comenzó a soñar con un tiempo nuevo de felicidad y de paz sin fin para el Pueblo de Dios.

Para otros, sin embargo, este texto no pertenecería al primer Isaías (el autor de los capítulos 1-39 del Libro de Isaías) a pesar de aparecer formando parte de su libro. Sería un texto de una época posterior al profeta. La referencia a la superación de la muerte, de las lágrimas y de la vergüenza, podría sugerir que la composición de este texto se situaría en un momento histórico posterior al Exilio de Babilonia, cuando Judá ya había conquistado la libertad.

En cualquier caso, el texto se construye alrededor de la imagen del "banquete". El "banquete" es, en el ambiente socio-cultural del mundo bíblico, el momento del compartir, de la comunión, de la constitución de una comunidad, del establecimiento de lazos familiares entre los invitados.

Además de un acontecimiento social, el "banquete" tiene también, frecuentemente, una dimensión religiosa. Los "banquetes sagrados" celebran y potencian la comunión del creyente con Dios, el establecimiento de lazos familiares entre Dios y los fieles. Es por eso por lo que, en la perspectiva de los catequistas que redactarán las tradiciones sobre la Alianza del Sinaí, el compromiso entre Yahvé e Israel tenía que ser sellado con una comida entre Dios y los representantes del Pueblo (cf. Ex 24,1-2.9-11).

En este tiempo, son también, particularmente significativos los "sacrificios de comunión" ("zebâh shelamim") celebrados en el Templo de Jerusalén. En este tipo de celebración religiosa, el creyente llevaba al Templo un animal destinado a Dios. Después de inmolado el animal, su grasa era quemada sobre el altar, al paso que la carne era repartida entre el oferente y los sacerdotes. El oferente y su familia debían comer su parte en el espacio sagrado del santuario. De esa forma, se sentaban a la mesa con Dios, celebraban su pertenencia al círculo familiar de Dios y renovaban con Dios los lazos de paz, de armonía, de comunión (cf. Lv 3).

Este es el ambiente que nuestro texto presupone.

1.2. Mensaje

El profeta anuncia que Dios, en un futuro sin fecha señalada, va a ofrecer "un banquete"; y, para ese "banquete", Yahvé va a invitar "a todos los pueblos". Se trata, por tanto, de una iniciativa de Dios en el sentido de establecer lazos "de familia" con toda la humanidad.

El escenario del "banquete" es "este monte" (v. 6); evidentemente, el monte del Templo, en Jerusalén, la "casa de Yahvé", el lugar donde Dios reside en medio de su Pueblo, el lugar donde Israel presta culto a Yahvé y celebra los sacrificios de comunión. Aceptar la invitación de Dios para el "banquete" significará, por tanto, participar en el culto a Yahvé, ser acogido en la casa de Yahvé, entrar en el "espacio íntimo" y familiar de Dios y sentarse con él a la mesa.

En ese "banquete" serán servidos "manjares suculentos", "comida de buena grasa", "vinos deliciosos" y "purísimos" (v. 6). Las expresiones subliman la abundancia de la vida, y de una vida de calidad, con la que Dios va a obsequiar a sus convidados.

Para los que acepten la invitación al "banquete", se iniciará una nueva era, de comunión íntima con Dios y de vida sin fin. El profeta sugiere la comunión total entre Dios y los hombres que entonces se iniciará, con la indicación de que será arrancado "el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones" (v. 7) y que impedía el contacto directo con el mundo de Dios.

Por otro lado, el profeta sugiere el inicio de una nueva era de paz y de felicidad sin fin, diciendo que Dios va a destruir la muerte para siempre, va a enjugar "las lágrimas de todas las caras" y va a eliminar "el oprobio que pesa sobre su Pueblo" (v. 8).

El "banquete" termina con un cántico de acción de gracias que evoca, probablemente, una fórmula utilizada en la aclamación de un nuevo rey (v. 9). Significa que, con el "banquete" que el Mesías va a ofrecer, se iniciará el reinado de Dios sobre toda la tierra.

El profeta está, sin duda, describiendo los tiempos mesiánicos. En la perspectiva del profeta, serán tiempos de comunión total de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De esa intimidad entre Dios y el hombre surgirá, para el hombre, la felicidad total, la vida verdadera y plena. A partir de aquí, la idea de un "banquete mesiánico" se convierte en algo corriente en el judaísmo.

1.3. Actualización

- ✚ La imagen del "banquete" al que Dios invita a "todos los pueblos" apunta hacia esa realidad de comunión, de fiesta, de amor, de felicidad que Dios, insistentemente, nos ofrece.

Nunca estará de más recordar esto: Dios tiene un proyecto de vida, que quiere ofrecer a todos los hombres, sin excepción. No somos "hijos de un dios menor", pobre humanidad abandonada a su suerte, perdida en un universo hostil y condenada a la nada; somos personas a quienes Dios ama, a quienes invita a formar parte de su familia y a quienes ofrece la vida plena y definitiva.

La conciencia de esta realidad debe iluminar nuestra existencia y llenar de serenidad, de esperanza y de confianza nuestro caminar por esta tierra. Nuestra finitud, nuestras limitaciones, nuestros miedos y miserias no dicen la última palabra sobre nuestra existencia; sino que caminamos hacia la fiesta definitiva que Dios prepara para todos los que acepten su regalo.

- ✚ Al hombre le basta con aceptar la invitación de Dios para tener acceso a esa fiesta de vida eterna. Aceptar la invitación de Dios significa renunciar al egoísmo, al orgullo y a la autosuficiencia y dirigir la existencia de acuerdo con los valores de Dios; aceptar la invitación de Dios implica dar prioridad al amor, testimoniar los valores del Reino y construir, ya aquí, una nueva tierra de justicia, de solidaridad, de amor. El día de nuestro bautismo, aceptamos la invitación de Dios y nos comprometimos con él... ¿Nuestra vida es coherente con esa opción?

Salmo responsorial

Salmo 22

V/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo,
porque tu vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Preparas una mesa ante mi,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Tu bondad y tu misericordia
me acompañan todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin termino.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

SEGUNDA LECTURA

No os aflijáis como los hombres sin esperanza

**Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo
a los Tesalonicenses
4, 13-18**

Hermanos:

No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza.

Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él.

Esto es lo que os decimos como Palabra del Señor:

Nosotros, los que vivimos y quedamos para su venida, no aventajaremos a los difuntos.

Pues él mismo, el Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar.

Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire.

Y así estaremos siempre con el Señor.

Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

De acuerdo con los "Hechos de los Apóstoles", Pablo no tuvo mucho tiempo para evangelizar a los tesalonicenses. Después de unas pocas semanas de predicación, un motín hábilmente preparado por los judíos de la ciudad, le obligó a salir precipitadamente de Tesalónica, dejando detrás de sí una comunidad cristiana fervorosa y entusiasmada, pero insuficientemente preparada desde el punto de vista catequético (cf. Hch. 17,1-10). Pablo fue hacia Berea, después hacia Atenas y Corinto. De Corinto, Pablo envió a Timoteo al encuentro de los tesalonicenses, para verificar cómo estaba resistiendo la comunidad ante las hostilidades de los judíos. De regreso a Corinto, Timoteo informó a Pablo de la situación de la comunidad: los tesalonicenses continuaban viviendo con entusiasmo su compromiso cristiano, aunque sintiesen algunas dudas en cuestiones de fe y de doctrina.

Uno de los problemas teológicos que más preocupaba a los tesalonicenses era la cuestión de la parusía (el regreso de Jesús, al final de los tiempos). Pablo y las primeras generaciones cristianas creían que ese día se presentaría en un espacio de tiempo muy corto y que asistirían al triunfo final de Jesús.

A este propósito los tesalonicenses tenían, sin embargo, un problema muy práctico: ¿cuál sería la suerte de los cristianos que murieran antes de la segunda venida de Cristo? ¿Cómo podrían salir al encuentro de Cristo victorioso y entrar en el Reino de Dios si ya estaban muertos?

Es entonces cuando Pablo escribe a los tesalonicenses, animándoles en la fe y respondiendo a sus dudas. Estamos en el año 50 o 51. El texto que se nos propone forma parte de esa aclaración sobre la parusía que Pablo incluyó en la carta.

2.2. Mensaje

Antes de nada, Pablo confirma aquello que, probablemente, ya antes había enseñado a los tesalonicenses: que Cristo vendrá para concluir la historia humana; y que todo aquel que se haya adherido e identificado con él, esté muerto o esté vivo, encontrará la salvación (v. 14). Si Cristo recibió del Padre la vida que no acaba, quien se identifique con Cristo, está destinado a una vida semejante; la muerte no tiene poder sobre él. Esto debe llenar de esperanza al cristiano, manteniéndole alegre, sereno y lleno de ánimo.

¿Cómo se realizará esto? ¿Cómo asistirán al triunfo final de Cristo aquellos que ya murieron?

Pablo no es demasiado explícito, pues es consciente de que se trata de una realidad misteriosa, que supera la lógica y el lenguaje humanos. De cualquier forma, para describir el paso del hombre viejo a la realidad del hombre nuevo que vive para siempre junto a Dios, Pablo va a recurrir al género literario "apocalipsis", un género literario que utiliza preferentemente la imagen y los símbolos (al final, el lenguaje más

adaptado para expresar una realidad que nos sobrepasa y que no conseguimos definir ni explicar en sus detalles).

El cuadro que Pablo traza es el siguiente: aquellos creyentes que entre tanto mueran, resucitarán primero ("a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina", elementos típicos de la escatología judía); después, en compañía de "nosotros, los vivos", irán al encuentro del Señor que vendrá en su gloria, y permanecerán con él para siempre.

En cualquier caso, lo que aquí está en juego, no es la definición del cuadro fotográfico de la última venida del Señor. Lo que Pablo pretende aquí es tranquilizar a los tesalonicenses, asegurándoles que no habrá ninguna diferencia o discriminación entre los que mueran antes de la segunda venida de Jesús y aquellos que permanezcan vivos hasta ese instante: unos y otros entrarán con él en la gloria.

2.3. Actualización

- ✚ La certeza de la resurrección nos garantiza que Dios tiene un proyecto de salvación y de vida para cada hombre; y que ese proyecto está realizándose continuamente en nosotros, hasta su realización plena, cuando nos encontremos definitivamente con Dios.
- ✚ Nuestra vida presente no es, pues, un drama absurdo, sin sentido y sin finalidad; es un camino tranquilo, confiado, aunque sea hecho en el dolor y en el sufrimiento, que nos lleva en dirección a ese desenlace pleno, a esa vida total en la que se revelará el Hombre Nuevo.
- ✚ Eso no quiere decir que debamos ignorar las cosas buenas de este mundo, viviendo únicamente con la esperanza de la recompensa futura, en el cielo; quiere decir que nuestra existencia debe ser, ya en este mundo, una búsqueda de la vida y de la felicidad; eso implicará un no conformarse con todo aquello que nos roba la vida y que nos impide alcanzar la felicidad plena, la perfección última (para nosotros y a todos los hombres, nuestros hermanos).
- ✚ No es posible vivir con miedo, después de este descubrimiento: podemos comprometernos en la lucha por la justicia y por la paz, con la certeza de que la injusticia y la opresión no pueden poner fin a la vida que nos anima; y es en la medida en la que nos comprometemos con ese mundo nuevo, y lo construimos con gestos concretos, como estamos anunciando la resurrección plena del mundo, de los hombres y de las cosas.

Aleluya

Jn 6,40

Esta es la voluntad de mi Padre:
que todo el que cree en mí tenga vida eterna,
y yo lo resucitaré en el último día -dice el Señor-

EVANGELIO

El que coma de este pan vivirá para siempre.

† Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo;
el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

Disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?»

Entonces Jesús les dijo:

«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre
y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna,
y yo lo resucitare en el último día.

Mi carne es verdadera comida,
y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre
habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado,
y yo vivo por el Padre;

del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo:

no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron;
el que come este pan vivirá para siempre.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El texto que se nos propone como Evangelio nos sitúa en la sinagoga de Cafarnaún (cf. Jn 6,59) y en el contexto del discurso sobre el "pan de vida". A lo largo de ese discurso, Jesús afirmó, repetidamente, que él era "el pan que bajó del cielo para dar vida al mundo"; aquí va más allá: invita a sus interlocutores a comer su carne y a beber su sangre.

Las palabras de Jesús parecen contener una referencia clara a la Eucaristía. Algunos biblistas piensan que esta parte del discurso es una reflexión de la primitiva comunidad cristiana que reinterpretó la primera parte del discurso, explicándolo a partir de la celebración eucarística posterior; otros piensan que Juan reelaboró una serie de materiales que estarían, inicialmente, incluidos en el relato de la última cena y que fueron incluidos aquí por conveniencias teológicas (en su versión de la última cena, Juan prefirió sustituirlo por el lavatorio de los pies; con todo no quiso omitir el discurso eucarístico de Jesús, un dato tan importante para la tradición cristiana. Siendo así, lo trasladó a otro lugar; y el lugar más indicado para situarlo le pareció, precisamente, en la continuación del discurso sobre el "pan bajado del cielo para dar vida al mundo").

En cualquier caso, esta parte del discurso (cf. Jn 6,51-58) no debe haber sido proclamada en la sinagoga de Cafarnaúm. Sólo adquiere sentido después de la institución de la Eucaristía, en la última cena.

El discurso sobre el "pan de vida" (cf. Jn 6,22-58) quedó por tanto, en el esquema de Juan, con el siguiente encuadramiento lógico: los hombres buscan el pan material; Jesús les trae el "pan del cielo que da vida al mundo"; y el pan eucarístico realiza, de forma plena, la misión de Jesús en el sentido de dar vida al hombre.

3.2. Mensaje

Después de presentarse como "el pan vivo que ha bajado del cielo" para dar a los hombres la vida definitiva (v. 51a), Jesús identifica ese "pan" con su "carne" (v. 51b). La palabra "carne" (en griego: "sarx") designa la realidad física del hombre, en su condición débil, transitoria y caduca. Ahora, fue precisamente en la "carne" de Jesús, esto es, en su cuerpo físico, donde se manifestó, en gestos concretos, su entrega y su amor hasta el extremo. En la realidad física de Jesús, Dios se hizo presente y visible en medio de los hombres, mostró su voluntad de comunicarse con los hombres y les manifestó su amor. Es esta "carne" (esto es, su vida física, el "lugar" donde Dios se manifiesta a los hombres y les muestra su amor) lo que Jesús va a dar de "comer" para que el mundo tenga vida.

Los judíos no entendían las palabras de Jesús (v. 51). Cuando Jesús se presentó como "pan vivo bajado del cielo para dar vida al mundo", ellos entendían que Jesús pretendía ser una especie de "maestro de sabiduría" que traía a los hombres palabras

de Dios (también eso tenían dificultad en aceptar, pero, por lo menos, entendían a dónde quería él llegar). Pero ahora, Jesús habla de "comer" su carne.

¿Qué significaban estas palabras? Son palabras difíciles de entender, si no nos situamos en una perspectiva eucarística; y, por eso, los judíos no las entienden. Para la comunidad de Juan, con todo, las palabras de Jesús son claras, pues son entendidas teniendo en cuenta la celebración y el significado de la Eucaristía.

En la secuencia, Jesús reitera su afirmación, pero esta vez con más profundidad: él no sólo va a dar de comer de su carne, sino también a beber de su sangre; y quien los acepta, recibe vida definitiva (vv. 53-54).

La referencia a la sangre nos sitúa en el contexto de la pasión y de la muerte. Decir que Jesús es carne, significa que él se convirtió en una persona como nosotros, asumiendo nuestra condición de debilidad, aceptando pasar, hasta por la experiencia de la muerte. Decir que el pan que él ha de dar es su "carne para la vida del mundo", significa que Jesús hace de su vida un don, una "entrega" por amor a los hombres; y que el momento más alto de esa vida hecha "don" y "entrega", es la muerte en la cruz. En la cruz, se manifestó, a través de la "carne" de Jesús, esto es, a través de su realidad física, su amor, su donación, su entrega. Ahora, esa realidad es la que se manifestó en la cruz, realidad de amor, donación, entrega, la que los discípulos están invitados a comer y a beber. Comer y beber significa, en este contexto, "adherirse", "acoger", "interiorizar", "asimilar".

La cuestión es, por tanto, esta: Jesús no está hablando de su carne física y de su sangre física. Está pidiendo, simplemente, que sus discípulos acojan y asimilen esa vida de amor, de entrega, que él mostró en su persona (esto es, en sus gestos, en su amor, en su donación a los hombres) y que tuvo su expresión más radical en la cruz, cuando Jesús, por amor, ofreció totalmente su vida, hasta la última gota de sangre. Quien "acoge" y "asimila" esta vida y acepta vivir de la misma forma, en amor y en donación total de la vida, hasta la muerte, tendrá vida plena y definitiva.

La Eucaristía actualiza esta realidad en la comunidad cristiana y en la vida de los creyentes. Ese mismo Jesús que amó hasta las últimas consecuencias, que puso su vida al servicio de los hombres, que se dio en la cruz, se ofreció como alimento a los suyos. El discípulo que participa de la Eucaristía, esto es, que "come" y que "bebe" la "carne" y la "sangre" de Jesús, asimila esta propuesta y se compromete a vivir y a dar la vida como él (v. 55).

Uno de los efectos de comer la carne y beber la sangre de Jesús, es llegar a la unión íntima, en comunión de vida con Jesús. El discípulo que interioriza la propuesta de Jesús, se identifica con él y se convierte en uno como él (v. 56). El cristiano es, antes que nada, alguien que recibe vida de Jesús y vive en unión con él.

Otro efecto de comer la carne y beber la sangre de Jesús, es comprometerse con el mismo proyecto de Jesús. Jesucristo fue enviado por el Padre al mundo para dar vida al mundo y su plan consiste en concretar ese proyecto; el cristiano asimila ese

mismo proyecto y dedica toda su existencia a concretarlo en medio de los hombres (v. 57).

Es por este camino como se llega a esa vida plena y definitiva que Jesús vino a proponer a los hombres. De comer la carne y beber la sangre de Jesús, nacerá una nueva humanidad de gente libre, que vence a la muerte y vive para siempre (v. 58).

El discurso que Juan pone en boca de Jesús, no se dirige a los judíos (pues los judíos no eran capaces de entender las palabras de Jesús), sino que se está dirigido a los discípulos. Su objetivo es explicar el programa de Jesús, pedir a los discípulos que asimilen ese programa y lo testimonien entre los hombres. La Eucaristía cristiana (comer la carne y beber la sangre) es, así, una forma privilegiada de "actualizar" en la vida de los creyentes la vida y el amor de Jesús, de estar en comunión con Jesús, de "asimilar" el proyecto de Jesús y de actualizarlo en el mundo.

3.3. Actualización

- ✚ La liturgia de la conmemoración de los Fieles Difuntos nos asegura que Dios tiene un proyecto de vida definitiva para ofrecer a los hombres: el camino que recorreremos en esta tierra no termina en fracaso y en muerte, sino en encuentro con la vida verdadera y eterna. Ahora, el Evangelio que hoy se nos propone confirma y asegura esa enseñanza fundamental: cumpliendo su proyecto de salvación, Dios envió a Jesús al mundo (Jesús se presenta como "el pan que bajó del cielo") para que los hombres pudiesen llegar a la vida eterna.

La liturgia de este día nos invita, antes de nada, a contemplar el amor que Dios nos tiene, a constatar su increíble preocupación por nuestra felicidad y por nuestra realización plena, a descubrir que no estamos perdidos y abandonados en nuestra fragilidad y finitud. Esta constatación debe llevarnos a encarar, con serenidad y confianza, nuestro caminar por la tierra, con la certeza de que nos espera, más allá del horizonte de este mundo imperfecto, la vida verdadera y definitiva.

- ✚ ¿Cómo llegamos a adquirir esa vida verdadera y definitiva? El Evangelio afirma, categóricamente, que quien acepta comer la carne y beber la sangre de Jesús, vivirá eternamente. Ahora, comer la carne y beber la sangre de Jesús es, antes de nada, acoger, asimilar e interiorizar esa propuesta de vida que Jesús nos hace (con su Palabra, con su ejemplo, con sus gestos, con su amor); y, como Jesús, poner la propia vida al servicio de los proyectos de Dios y hacer de la propia existencia un don de amor a los hermanos.

Este programa no es apreciado en una cultura como la nuestra, fuertemente marcada por el egoísmo, por el individualismo y por la autosuficiencia. Pero que no haya dudas: sólo encontraremos esa vida plena y eterna a la que aspiramos, siguiendo a Jesús, asimilando sus valores, haciendo de nuestra vida un servicio a Dios y a los hermanos con los que nos cruzamos por los caminos del mundo. Si

aceptamos conducir nuestra vida de acuerdo con esos parámetros, el horizonte final de nuestra caminata por esta tierra no es la muerte, sino la vida eterna.

✚ La Eucaristía es un momento privilegiado de encuentro con ese Cristo que se hace "don" y que viene a nuestro encuentro para ofrecernos la vida plena y definitiva. Participar en el encuentro eucarístico, comer la carne y beber la sangre de Jesús es encontrarse, hoy, con ese Cristo que vino al encuentro de los hombres y que hizo presente en su "carne" (en su persona física) una vida hecha amor, entrega, hasta la donación total de sí mismo en la cruz ("sangre"). Para nosotros, los creyentes, la Eucaristía, más que un rito que cumplimos por obligación o por tradición, tiene que ser un momento privilegiado de encuentro y de compromiso con Jesús y con esa vida nueva y eterna que él continuamente nos ofrece.

✚ Sentarse a la mesa de la Eucaristía es identificarse con Jesús, aceptar vivir en unión con él. En la Eucaristía, el alimento servido es el propio Cristo. Por eso, es la propia vida de Cristo la que pasa a circular por los creyentes. Quien acoge esa vida que Jesús ofrece se convierte en una sola cosa con él.

Comer cada Domingo (o cada día) en la mesa con Jesús de ese alimento que él mismo nos da y que es su misma persona, lleva a los creyentes a una comunión total de vida con Jesús y a formar parte de la familia del mismo Jesús. Conviene que tomemos conciencia de esta realidad: celebrar la Eucaristía es fortalecer los lazos familiares que nos unen a Jesús, identificarnos con él, dejar que su vida circule por nuestras venas. El creyente, alimentado por la Eucaristía, identificado con Jesús, transformado en un hombre nuevo, lleva consigo dinamismos de vida eterna.

✚ En la concepción judía, compartir el mismo alimento alrededor de la mesa genera entre los invitados familiaridad y comunión. Así, los creyentes que comparten la Eucaristía pasan a ser hermanos: todos participan de la misma vida, la vida de Cristo de amor total. De esa forma, la participación en la Eucaristía tiene como consecuencia el reforzar la comunión de los hermanos. Una comunidad que celebra la Eucaristía es una comunidad que acepta apartar de sí todo lo que sea división, conflicto, celos, orgullo, autosuficiencia, indiferencia para con los dolores y las necesidades de los hermanos. La comunidad que se alimenta de la Eucaristía debe ser, por tanto, un anuncio vivo de ese mundo nuevo de fraternidad, de justicia y de paz que nos espera más allá de esta tierra.

✚ Finalmente, el comer la carne y beber la sangre de Jesús, implica un compromiso con ese mismo proyecto que Jesús quiso realizar con su vida, con sus gestos, con sus palabras.

El creyente que celebra la Eucaristía tiene que llevar al mundo y a los hombres esa vida que ahí descubre. Tiene que luchar, como Jesús, contra la injusticia, el egoísmo, la opresión, el pecado; tiene que esforzarse, como Jesús, por eliminar todo lo que afea el mundo y causa sufrimiento y muerte; tiene que construir, como Jesús, un mundo de libertad, de amor y de paz; tiene que testimoniar, como Jesús, que la vida verdadera es aquella que se hace amor, servicio, donación hasta las últimas consecuencias.

El creyente que come la carne y que bebe la sangre de Jesús, se convierte en fuente de donde brota, para el mundo y para los hombres, la vida eterna.

DIFUNTOS de la PROVINCIA ESPAÑOLA SCJ

- Fco. Crespo García 1925
- Elías Sagredo Vilumbrales 1928
- Mariano García Méndez 1936
- José Pamies Aguilar 1940
- Juan Urroz Zuazu 1942
- José Goebels Müller 1945
- José M. Lizarrondo Arbizu 1951
- Herminio García Iglesias 1957.
- Enrique Sos Lafuente 1957
- Guillermo Zicke 1960
- Mario De Vega Turienzo 1965
- José L. Bartolomé R. 1967
- Lorenzo Cantó Abad 1967
- Miguel Díez Navarro 1968
- Abundio Sanz Sanz 1970
- Antonio Sánchez R..1971
- Jesús Martínez Sáiz 1972
- José Mora Hernández 1973
- Cristóbal Rodríguez Cholvi 1975
- Miguel López Moya 1978
- Santiago Muñoz Benito 1979
- Aparicio Pellín Mira 1981
- Juan Manuel Senosiáin S. 1983
- Clemente Martínez R. 1985
- Francisco González V. 1986
- Juan Sánchez Rodríguez 1986
- Luis Segura Piqueres 1987
- Manuel Zubizarreta A. 1987



- José M^a Martínez Ambiola 1988
- F. Javier Sánchez de Arriba 1989
- Manuel Mira Canto 1989
- F. Javier Rodríguez Yáñez 1990
- Luis Ezcurra Baigorri 1990
- Florentino Saldaña Muñoz 1993
- Gabriel Daza Gutiérrez 1994
- Serapio Martín Riaño 1994
- José M^a Ortigosa F. 1994
- Alfonso Muñoz Benito 1994
- Marcelino Carrera Agüero 1994
- Clemente Sanz Sanz 1996
- Gabriel López Verdú 1996
- Basilio García Martín 2000
- Jaime López Merino 2000
- Daniel Eyaralar Goizueta 2000
- Carlos Goñi Azcona 2001
- Gracián Izurzu Pérez 2001
- Andrés Ferla 2001
- Vicente/Luis García García 2001
- Luis M^a. Asenjo Chocarro 2001
- Juan Rodríguez García 2002
- Avelino Díez García 2005
- Julio Loreto Arias Navarro 2005
- Fco. Javier Bravo Díez 2005
- Juan B. Germán Gavilá S. 2006
- P. Ignacio Belda Pérez. 2007
- Román Aizpún Díaz. 2007

Señor, dales el descanso eterno.
Y brille sobre ellos la luz eterna